



PsicoResúmenes

www.psicoresumenes.com

Resumen de González, F. (2002). Análisis Institucional y Socioanálisis.

En la web encontrarás:



Bibliografía



Evaluaciones



Resúmenes



Tutorías

Accedé a:

- Clases particulares de varias materias.
- Un tutor para ayudarte a planificar tus semestres.
- Un tutor que te corrija tus trabajos de facultad.



@PsicoResúmenes



@Psico.Resúmenes



Resumen de González, F. (2002). Análisis Institucional y Socioanálisis. Tramas, 18-19, 51- 72.

Al dispositivo de intervención del análisis institucional se le denomina socioanálisis. Este dispositivo tuvo sus primeros esbozos alrededor de 1963, en un taller sobre el tema de la educación implementado por Lapassade. Pocos años después, en 1968, René Lourau realizó el primer esfuerzo de conceptualización del campo del llamado “análisis institucional” (AI)

Proyecto epistemológico del Análisis Institucional (AI): a mediados de los años 70, Lourau presentó su propuesta de AI como básicamente “contrasociológica”. Tres de los supuestos que la propuesta de está “contra sociología institucionalista” pretende practicar son:

1. Superar los encasillamientos entre sectores y dominios de la sociología
2. Intentar un rebasamiento de la sociología, como disciplina rigurosa y artificialmente separada de otras ciencias sociales
3. Rebasar la actividad de investigación de ciencias sociales, como práctica separada de las prácticas sociales de los actores y observadores

El AI postula que tanto los individuos como los grupos son concebidos como “entrecruzamiento de referencias y pertenencias” o como “revoltijos de instituciones”, por ello es lógico que postule también que la sociología se proponga “como objeto la práctica social como totalidad y no la refracción (división) de la totalidad en cuadros preestablecidos de la ciencia instituida(es decir, en disciplinas)”. Sin embargo, cuando se intenta definir qué se entiende por “totalidad”, comienzan a haber problemas.

Cuando Lourau piensa en la noción de “totalidad” adscrita al territorio de las ciencias sociales, descarta, por lo pronto, una síntesis que termine por confundir todas las disciplinas en una especie de magma indiferenciado. Ahora, si la “historia”, “la clase dominante” o “la tradición académica” produjeron el grueso de estas divisiones [en disciplinas], hay otro elemento no contemplado, que también jugó su papel y que no se sitúa en los niveles descritos, sino que es de orden epistemológico. Lourau lo plantea de la siguiente forma:

Lo que se puede esperar es una serie de rectificaciones de fronteras entre la sociología y sus vecinos inmediatos: parapsicología, psicología clínica y experimental, teoría y filosofía del Estado. [Y añade] que la dificultad se manifiesta en los dos polos opuestos [...] de un lado con el psicoanálisis [...] del otro con la economía [...] Con el psicoanálisis la indeterminación del imaginario está privilegiada en detrimento de las determinaciones socioeconómicas, para la economía solo importan las grandes leyes deductivas a priori, de la producción, la acumulación y el intercambio.

Entre los dos polos la sociología parece carecer a la vez de biografía individual y de la estructura del modo de producción. Justamente, una contrasociología puede fijarse por objeto el hacer manifiesto a la sociología los fragmentos del saber social global recordado por los sistemas de las ciencias sociales.

A partir de lo anterior podemos decir entonces que, en primer momento, la sociología está definida en función de 2 carencias (biografía individual y estructura del modo de producción). Por eso para Lourau es necesario una contrasociología, ya que está señalando desde adentro cuál debería ser el “verdadero objeto” de la sociología. Ese objeto “propio” estaría compuesto por los “fragmentos de saber global recordado por las ciencias sociales”.

González al respecto de esto plantea que es lógico suponer que los productos de los recortes no formen un todo coherente ni se sitúen en el mismo nivel. Además, esto supondría que habría una especie de disciplina (la contrasociología) con una mirada privilegiada, que sabría en donde incidir y que tipo de articulaciones deberían existir entre los recortes, para rectificar lo que el conjunto de las disciplinas instituyó “erróneamente”.

Lourau plantea que no se trata tanto de “operar” la reconfiguración del campo teórico sino de un desmembramiento de ese campo ya que se mueve en el campo móvil de la sociología, psicosociología y psicoanálisis. A lo que Gonzalez responde que “si su campo sigue siendo móvil, es que su estatuto teórico-metodológico no termina de consolidarse, a menos que se piense en la movilidad como un valor en sí misma.

Lourau ha fluctuado en encontrar el objeto de esta contrasociología. Primero afirmó que esta debe hacerse cargo de la “práctica social como una totalidad”; luego, cuestionó toda “tentativa de síntesis”, y continuó con una supuesta “rectificación de fronteras”, constituida “desde los fragmentos del saber social global, recortado por los sistemas de las ciencias sociales”. Y termino dando como objeto la “desmembración” del campo de dichas ciencias.

Más adelante Lourau propone además una nueva rectificación y un nuevo objeto: *el problema de la institucionalización, de la burocratización del movimiento, grande ausente de las ciencias sociales políticas, la teoría de la institucionalización.*

Sin embargo, para esto último no es necesario andar tras los efectos de los recortes de otros campos. Pero si se quiere hacer de la institucionalización un “enigma de enigmas”, en ningún caso se invalida a los saberes producidos en otros ámbitos ni existen criterios consistentes que digan que este problema sería el que debe unir a todas las ciencias sociales, ni menos constreñirlas a “rectificar sus fronteras”.

Con todo lo anteriormente dicho, el segundo supuesto (Intentar un rebasamiento de la sociología, como disciplina rigurosa y artificialmente separada de otras ciencias sociales) quedaría solo como la promesa de desentrañar el problema de la institucionalización.

Con respecto al tercer intento de superación, el cual plantea la posibilidad de abolir “la separación que rige las relaciones entre ciencias y prácticas de los actores y observadores”, Lourau prepara el terreno proponiendo dos tipos de “efectos”:

- **Efecto Weber:** a medida que la sociedad está más evolucionada y racionalizada, más llega a ser opaca y desconocida para los individuos que la componen.
- **Efecto Lukacs:** este efecto es referido a la ciencia y dice que, en la medida en que la ciencia progresa olvida progresivamente las bases materiales y sociales, de la cual ella salió. Las condiciones sociales de su producción, de su desarrollo, y de sus aplicaciones.

Está doble opacidad sería cuestionada por un postulado que pretende devolverle a los actores sociales la capacidad básica de poder ser de alguna manera sociólogos de sí mismos, ya que se afirma que “si la sociología es el asunto de todos, hay que abolir todas las oposiciones epistemológicas sobre la necesidad de una ruptura” y, sobre todo, evitar a toda costa la autonomización de la teoría sobre la práctica.

Lourau agrega

Está contrasociología opta por la construcción democrática del saber confiscada por la tecnoburocracia.

Lourau plantea que en los periodos “revolucionarios” se instaura una doble transparencia luminosa, que arrasa con la opacidad marcada por el efecto Weber y que torna a la totalidad social presente a sí misma. Y por otra parte, otra que les surge a los actores sociales que, de pronto, muestran tal capacidad de análisis que vuelven obsoletos a los especialistas.

Lo curioso es que así como la transparencia se manifiesta, igual tiende a desaparecer, y entonces vuelven los tiempos de convivencia obligada con los especialistas.

Sin embargo, dice Gonzales, en realidad no es “tan claro” que en los periodos revolucionarios se de esta totalización de la lucidez, tampoco habría que confundir el aceleramiento y trastocamiento de la circulación de conocimientos en periodos calientes con la capacidad para producirlos. Obviamente, no todos están capacitados para producirlos, y no solo en cuestiones de inteligencia, sino fundamentalmente a la posesión de herramientas teórico-metodológicas, y a la capacidad de objetivar y analizar la propia posición.

Una cosa es afirmar que los actores sociales no viven en las simples y falsas evidencias en lo que les concierne, y otra que solo los especialistas en ciencias sociales pueden opinar acerca de las prácticas de aquellos. Contra esta segunda dicotomía si parecen pertinentes las afirmaciones de Lourau. No obstante, eso no descalifica a los sociólogos en su capacidad de aportar otro tipo de conocimientos que no sea el puro pleonismo del producido directamente por los implicados.

A su vez, la búsqueda de rigurosidad no implica necesariamente el olvido de la génesis social de lo que se produce ni tampoco deducir de dicha génesis la producción de conceptos, porque entre la génesis teórica y la social existe una discontinuidad, aunque no sea radical.

De estos 3 intentos de “superación” quedan algunas cosas rescatables. Entre otras, la voluntad de tomar seriamente a los actores institucionales al grado de inventar un dispositivo de análisis que intente dilucidar, junto con ellos, lo que les sucede.

En años posteriores, los sugerentes desarrollos de Lourau acerca de la implicación replantearán de otra forma las complejas relaciones del investigador con su objeto de estudio. Relaciones que condicionan tanto el tipo de acercamiento como lo que se deja fuera o silencio.

Es ahí donde el tercer intento de “superación” se recrea por un camino diferente a los anteriormente señalados. El análisis de la implicación y sus diferentes planos, en efecto, es

un asunto que atraviesa a todas las disciplinas sociales. Esto amplía el campo del análisis y permite que está “contrasociología” no quede encajonada en el territorio de las intervenciones socioanalíticas. Pero no es Lourau el que inventa esta cuestión.

El proyecto político: Lourau supone que los momentos de transparencia revolucionaria son intensos y puntuales, y los siguen grandes periodos de opacidad. De pronto, los extralúdicos de ayer no atinan a penetrar la opacidad de la sociedad de hoy.

Lourau tiene “demasiado” claro que en esos periodos todos parecen volverse “sociológicos”, y que fácilmente se dan cuenta del arbitrario que sostiene a todo orden social. Es el tiempo de los “analizadores históricos”, concebidos como reveladores espontáneos de una situación dada.

Coloca, también, al Estado como la gran institución omnipresente que constriñe y busca imponer su lógica a todas las demás. Dos elementos básicos describe su accionar:

El análisis institucional parte del principio que el centro está siempre presente en la periferia, esto quiere decir que las instituciones, lejos de ser formas neutras, “herramientas” funcionales, no existen sino en la medida en que ellas están basadas en la fuerza del Estado. El Estado no existe más que en tanto está presente en todas las formas sociales.

El otro efecto que sigue lógicamente a esa presencia estatal en las diferentes formaciones institucionales es el de imponerles tarde o temprano su “ley” de equivalencia: que todo movimiento termine institucionalizándose y se vuelva como los otros, es la marca brutal que hace visible al Estado.

Si se acepta tal cual el primer postulado, entonces cualquier intervención institucional, por más pequeña que sea, debería tener por rebote un efecto sobre el conjunto. Este planteamiento maximalista tenía en esos años un sentido de justificación “progresista”; no comprometerse a realizar un socioanálisis para contribuir a una reforma. De ahí que los institucionalistas estuvieran fascinados con la palabra estallamiento de lo instituido, creyendo que era la encarnación pura de lo instituyente, produciéndose una analogía entre este y lo revolucionario. La lógica que primaba era la del aleteo de una mariposa en China que tendría repercusiones en el resto del ecosistema político.

La noción de institución: la noción de institución en el AI remite a una serie de tríadas que no implican lo mismo. Así, tenemos:

- 1) La que nos habla de lo instituido, lo instituyente y la institucionalización
- 2) La que establece como universalidad, particularidad y singularidad
- 3) La que es definida como el producto del cruce de los niveles o de las instancias, y este producto sobredeterminado por el conjunto del sistema a través de la mediación del Estado.
- 4) La que está más en el plano del socioanálisis, la de las implicaciones sintagmáticas (grupales), paradigmáticas (sociales) y simbólicas (articulación de las dos series).

Las instituciones no son supraestructuras en el sentido marxista, sino el producto del cruce de las instancias. Cruce que presumiblemente no sería el mismo en cada caso, so riesgo de

volverlas equivalentes antes de conocer su especificidad. Son el producto de la dialéctica entre lo instituido y lo instituyente, que es lo que da lugar al proceso de institucionalización.

La institucionalización en el AI tiende a fluctuar entre algo que ya se fijó, y un proceso que nunca puede suprimir lo instituyente que lo habita y constituye como negatividad radical.

La institucionalización es vista como fase activa de estabilización que niega a la vez la actividad de lo instituyente como negación de lo instituido y el inmovilismo de lo instituido. Políticamente la institucionalización es el contenido del reformismo.

En su momento de universalidad, el concepto de institución tiene como contenido la ideología, los sistemas de normas, etc. En su momento de particularidad el contenido del concepto de institución no es otro que el conjunto de las determinaciones materiales y sociales que vienen a negar la universalidad imaginaria del primer momento. En su momento de singularidad, en fin, el concepto de institución tiene por contenido las formas organizacionales necesarias para alcanzar tales objetivos.

Lourau relaciona esta trilogía (universalidad, particularidad, singularidad) con la de institucionalización (instituido e instituyente), aunque no son del todo equivalentes. Sin embargo, el concepto de negatividad las recorre; de la misma forma que la transversalidad es la “dimensión fundamental que atraviesa y funde a todos los niveles de la estructura social vía el Estado, en la trilogía de las instancias. Es decir, la negatividad es a la primera y segunda triada, lo que la transversalidad vía el Estado es a la tercer triada.

La “transversalidad”, noción tomada de Guattari -uno de los creadores de la terapia institucional-, es descrita por el autor así:

La transversalidad tiende a realizarse cuando una comunicación máxima se efectúa entre los diferentes niveles y fundamentalmente entre los diferentes sentidos: es el objeto de investigación de un grupo sujeto.

“Grupo sujeto” es aquel que, a diferencia del “grupo objeto”, logra conectar al máximo los diferentes niveles de lo institucional transversalizado. La transversalidad, en ese caso, será el producto de una dilucidación, aunque al mismo tiempo es concebida como una “dimensión fundamental”.

El socioanálisis: es el dispositivo de intervención institucional. Es una concepción fundamentalmente sociológica que si bien haría énfasis en la dimensión grupal, la tendencia será pasar rápidamente a la escena institucional que supuestamente saltaría al primer plano con la sola puesta en juego del dispositivo.

El AI distingue entre el campo de intervención y el de análisis, siendo este mucho más amplio, y no limitado a la intervención directa.

Lo esencial de las intervenciones se esfuerza por incidir en el análisis de las implicaciones sintagmáticas (grupales) y el análisis de las implicaciones paradigmáticas (sociales) ahí en donde ellas se articulan en el lenguaje a nivel simbólico.

Por simbólico se refiere a “la socialización total, el acceso al lenguaje de todo aquello que quedaba como no dicho, indecible o privado de sentido”.

En el socioanálisis no se trata de analizar a los individuos y su inconsciente, sino a lo que Lourau denomina como sus implicaciones sintagmáticas grupales para relacionarlas con las paradigmáticas sociohistóricas.

Los “límites de la interpretación” en socioanálisis, entre otras cosas, implican no tocar lo individual como tal, sino intentar incluirlo en una escena institucional -o interinstitucional- de múltiples bandas. No se trata tampoco de reducir el nivel “psi” a puros mecanismos “abstractos”, sin más carne que las que le ofrecen los contenidos de la escena institucional.

Lo grupal en sus determinaciones “psi” y en la dinámica que se reconfigura con la puesta en juego del dispositivo socioanalítico conforma un nivel fundamental de este tipo de intervenciones, en las cuales no todo debe ser visto como la simple expresión de la escena institucional.

El análisis de la demanda: todo análisis se ejerce en un campo de fuerzas y, de entrada, el equipo que va a intervenir queda sujeto a los vaivenes disimétricos que ahí se juegan. Se trata de un campo estratégico y plural.

Al interior de un establecimiento surgen una serie de demandas múltiples y contradictorias, de acuerdo a los diferentes lugares que ocupan los integrantes de dicho establecimiento. La encomienda de intervención, el encargo, surge en el momento en que una o un grupo de demandas es privilegiada respecto de las otras, que son negadas, curvadas, desplazadas o resignificadas. Al staff analítico llega, entonces, una demanda procesada ya por diversas fuerzas al interior de la institución. El proceso analítico será el camino inverso de la constitución de la encomienda. El o los analistas intentarán deconstruir el encargo hacía las múltiples demandas contradictorias que le dieron origen.

Se trata de evitar a toda costa tomar la parte por el todo. Y como en un sueño, recorrer las diferentes series que nos devuelven el rostro heterogéneo de una demanda que, en primer momento, parecía homogénea.

La autogestión del tiempo, espacio y dinero: la autogestión quiere decir una negociación entre el colectivo cliente y los analistas en vista de administrar las sesiones en cuanto a su duración, su honorario, y su funcionamiento, y de determinar el modo de remuneración de los analistas. Remuneración en la cual el monto no está fijado de entrada.

La proposición de la autogestión no sale espontáneamente del “grupo cliente” sino de los postulados del dispositivo psicoanalítico.

En cuanto al dinero, se inscribe en una problemática social, en la cual habría que tomar en cuenta el mercado de las intervenciones, el lugar de los intelectuales y las prácticas universitarias. La regla fundamental es que el pago, su costo y su modalidad deben “hablar” y “dar a ver” la dimensión institucional, el estado de las contradicciones que la atraviesan.

La asamblea general y el decirlo “todo”: ambos elementos resultan coherentes con el planteamiento de incluir todos los niveles que configuran al establecimiento -transversalidad-, con el fin de evitar los encapsulamientos y las fugas en los circuitos paralelos del rumor y la fragmentación comunicativa: que nadie que tenga algo que decir acerca de la marcha institucional quede afuera.

La reunión en presencia de todos los actores institucionales crea un efecto grupal radicalmente diferente al funcionamiento habitual; este efecto grupal se acompaña, en general, de situaciones de angustia.

Además, ese tipo de escenificación resulta muy exigente y complicada para quienes están en una situación jerárquica de subordinación, y a veces no solo para ellos.

La asamblea general del AI intenta, desde un inicio, incluir a todos; y por esto se paga un precio.

En síntesis, de este poco profundo recorrido crítico por algunas de las aportaciones de Lourau queda la impresión de la vulnerabilidad de su propuesta epistemológica, que fluctúa entre la inconsistencia, la promesa, y la descripción.